

Bisente Magnera.

LAS
TRES ROMAS

HISTORIA DE LAS CATACUMBAS

14 DE DICIEMBRE (de 1841.)

Las Catacumbas ò Roma subterránea.—Golpe de vista general.—Nombres y posiciones.—Número de los diferentes cuarteles.—Por qué á las orillas de las Vías romanas.—Formas y dimensiones de las Catacumbas.

“Tres cosas, escribia Dionisio Halicarnáso, me revelan la magnificencia de Roma: Los Acueductos, las Vías y los “Desagües 1.” Si el gran historiador hubiere conocido las Catacumbas, las hubiera agregado como la mayor de todas las maravillas de Roma pagana y aun de Roma cristiana. Es más feliz el viajero católico. El puede recorrer en todos sentidos, ver con sus ojos, tocar con sus manos, comprender con su corazon la obra maes-

1 Mihi sane tria magnificentissima videntur ex quibus maxime apparet amplitudo romani imperii: Aqueductus, Viæ striatæ et Cloaca. *Hist.*, lib. III.

tra de la Ciudad eterna, la gloriosa ciudad de los mártires, la inmensa necrópoli de la gloria, el último esfuerzo del génio de la caridad, de la paciencia y de la fe. Era tal nuestro deseo de visitarla, que apenas estábamos orientados en la Roma que brilla á los rayos del sol, cuando quisimos bajar á la Roma oculta en el fondo de las entrañas de la tierra. El estudio de las dos ciudades marchó con paso igual; pero para evitar toda confusion, extraigo del viaje, y coloco aquí, todo lo que se refiere á las Catacumbas.

Acompañados de un guía inteligente y provistos de un buen antejo subimos á la cúpula de San Pedro. Este es el único punto para abrazar en un golpe de vista la topografía general de la ciudad subterránea que debiamos recorrer. San Pedro se encuentra en la circunferencia de un vasto círculo dentro del cual está encerrada Roma, ya por el Tiber, ya por las mu-

rallas de Aureliano. Quince Vías consulares, semejantes á quince rayos luminosos, parten del corazón de la ciudad, atraviesan la circunferencia, surcan el campo romano, y extendiéndose hácia los cuatro puntos del cielo, desaparecen en el horizonte. Estas quince Vías dividen en la superficie del suelo á la gran ciudad de los Mártires. Edificada, es decir, cavada á la derecha y á la izquierda de las Vías romanas, debe á éstas el nombre geográfico de sus principales cuarteles; y aunque dividida por el Tíber en dos grandes regiones, así como la ciudad superior, forma al rededor de Roma un vasto anfiteatro.

Desde el lugar en que estamos es fácil reconocer la posición relativa de los cincuenta cuarteles de la ciudad subterránea.

A nuestros piés y bajo nuestra vista, vuelta hácia el Oriente, está la *Vía Triunfal*. A sus orillas se encuentra el cementerio de San Pedro, ó la *Catacumba Vaticana*.

Un poco á la derecha percibimos la *Vía Aureliana*, que huye hácia el Occidente. Es célebre por las *Catacumbas de San Calépodo, de San Julio, de los santos Proceso y Martiniano y de Santa Agata*. Más lejos se abre la puerta *Cavallegeri*, de donde sale la *Vía Cornelianu*, que corre al Occidente como la anterior. Aunque regada con la sangre de un gran número de mártires, entre otros de las ilustres hermanas Rufina y Secunda, no tiene catacumbas; ó si las tiene, no son todavía conocidas.

Otra cosa pasa con la *Vía de Porto*, que se extiende al Sureste. Hé aquí las célebres *Catacumbas de San Félix, de San Ponciano, de Generosa, ad Sextum Philipi, del Papa San Julio*. En el flanco del *Monte Verde*, inmediato á aquellos lugares, descubrió Bósio el cementerio de los Judíos, cuyo cuartel estaba, como se sabe, en la ribera derecha del Tíber. El estudio

de este cementerio, como veremos más tarde, arroja una preciosa luz sobre nuestras catacumbas cristianas.

A la mitad y del otro lado del Tíber, la *Vía de Ostia* presenta la «Catacumba de San Paulo y de Santa Lucina, de San Timoteo y de los Santos Félix, Adaucto y Commodilla, de San Ciriaco y de San Zenon» ad *Acquas Salvias*.

Más lejos aparece la pequeña iglesia «Domine quo vadis» en donde comienza la «*Vía Ardeatida*». Como rama desprendida de la «*Vía Apia*», se extiende á la izquierda y atraviesa el campo entre las puertas de San Pablo y de San Sebastian. En esta region que forma el cuartel más populoso de la ciudad subterránea, se encuentran las «Catacumbas de Santa Petronila, de Santa Flávia Domitila, de los Santos Nereo y Aquileo, de San Dámaso y de los Santos Marco y Marcelino, de Santa Balbina y de San Márcos, papa.»

Volteando ligeramente á la izquierda, llegamos á la célebre *Vía Apia*. La reina de las Vías en la antigua Roma conserva la misma prerogativa en la Roma subterránea. Bajo sus losas holladas por los héroes del paganismo, bajo aquellos sepulcros suntuosos levantados en su honor, se abren las vastas «Catacumbas de San Calixto, de San Zeferino, de San Pretextado, de Santa Sotera, de los Santos Eusebio y Marcelo.» Estos cementerios reunidos, descubiertos en gran parte por el incansable Bósio, forman una inmensa catacumba de muchos pisos, que se extiende desde las murallas de Roma hasta San Pablo extra-muros, y desde allí hasta San Pablo «Tres Fuentes» y hasta la «Nunziata.»

Al Sureste se muestra la «*Vía Latina*» atravesando el Célio y salvando el recinto de Aureliano entre la puerta de San Sebastian y la de San Juan. En las orillas de esta vía, testigo del martirio del disci-

pulo muy amado, se extienden las «Catacumbas de Aproniano, de los Santos Gordiano y Epímaco, de los Santos Simpliciano y Serviliano y de San Tertuliano.»

Cuando la vista, continuando en dirigirse hácia el Oriente, ha pasado por Santa Cruz en Jerusalem, sobre las ruinas del anfiteatro «Castrense» y de los jardines de Helicgáballo, descansa entónces sobre la Puerta Mayor. De allí sale la «*Vía Lavicana*», que quebrándose á la derecha conducía al «Laticum», antigua tierra del «Lacio.» Ella indica el lugar de las «Catacumbas de los Santos Tiburcio, Marcelino y Pedro», llamadas también «Interduas Lauros; de Santa Elena, de los Santos Claudio y Nicostrato, de San Cástulo y de San Zótico.» La *Vía Prenestina*, que pasa igualmente bajo la puerta Mayor, no tiene catacumbas; pero repite gloriosos combates. En el número de los héroes cristianos que la regaron con su sangre, la historia nombra en primera línea á los Santos Primitivo y Agapito.

Percibimos también al Oriente la «*Vía Tiburtina*», que corre hácia Tivoli, en donde se pierde en la «*Vía Valeriana*.» Ella muestra con orgullo las vastas «Catacumbas de San Lorenzo y de Santa Ciriaca.»

Al Noreste se escapa de la «Puerta Pia» la *Vía Nomentana*, que conducía al famoso «Nomentum» convertido hoy en el modesto barrio de «Montana.» A la derecha y á la izquierda está limitada con cementerios cristianos. Encontramos desde luego las «Catacumbas» ad *Nymphas*, luego las «Catacumbas de San Nicomedes, de San Alejandro, de los Santos Primo y Feliciano, de San Restituto», en fin, las de Santa Inés, las más célebres de toda aquella region.

Un poco más al Norte, mirad la «*Vía Salaria Nuova*». Como la puerta de donde sale, ha conservado su antiguo nombre. Ella señala á nuestra atención las «Cata-

cumbas de Santa Priscila, de San Silvestre, de Santa Felicitas y de San Alejandro, de los Santos Crisanto y Darío, de Novella, d'Ostiano, de Santa Hilaria y de San Thason.»

El Norte no es ménos rico que las otras cercanías de Roma. En las alturas del «Monte Pincio» vemos que corre más allá de la puerta Pinciana la «*Vía Salaria Vecchia*», limitada por las inmortales «Catacumbas de la cuesta del Cohombro y de San Hermés.»

En fin, hácia el Noreste, encontramos la «*Vía Flaminiana*», con las Catacumbas de San Valentin ó de San Julio y de Santa Teodora.» La «*Vía Claudiana* y la *Vía Casiana*», que se desprenden de la precedente, más allá de la Puerta del Pueblo, no tienen Catacumbas.

Bajemos ahora nuestras miradas hácia el Tíber, atravesemos la «*Vía Triunfal*», y nos volvemos á encontrar en nuestro punto de partida. El círculo se ha llenado; conocemos el lugar de la ciudad subterránea y los nombres geográficos de sus diferentes cuarteles ó regiones. En cuanto á los nombres sagrados que las distinguen en los anales de la Iglesia, exigen algunas explicaciones demasiado largas para este lugar y que daremos cuando hagamos la visita detallada de cada Catacumba. Diré solo que todos recuerdan ilustres personajes, gloriosas batallas y acontecimientos que ocupan un amplio lugar en la trama general de la historia. Resumir un hecho en el nombre de una calle, de un cuartel, de un edificio, ¿no es una manera tan ingeniosa como útil de escribir la historia? El extranjero que recorre el Hotel de los Inválidos, esa ciudad de nuestra gloria militar, ¿no se encuentra al punto en un país conocido cuando ve grabado en los corredores: Cuartel de «Metz», cuartel de «Austerlitz», cuartel de «Wagram»? En la ciudad de su gloria

han hecho los primeros cristianos lo que nosotros hemos imitado.

Acababan de pasar á nuestra vista cincuenta cementerios que forman un vasto círculo alrededor de Roma. Podríamos contar, siguiendo á varios arqueólogos, algunos más ó ménos. El P. Marchi hace mención de sesenta. La diferencia viene de que á veces se toma el cuartel de una Catacumba, por una Catacumba separada, ó al contrario, se reúnen bajo la misma denominación muchos cuarteles, de los cuales forman algunos autores una sola y misma Catacumba. ¹

Como quiera que sea, la Ciudad eterna aparece á las miradas de los hombres y de los ángeles como una reina rodeada de mártires que la protegen y que desafían á las potencias del Infierno, como una Madre justamente orgullosa de su familia y que vela con amor en la cuna de sus hijos dormidos; como la Esposa siempre fiel del Hombre-Dios que ve á su alrededor á los numerosos hijos que ella ha dado á su divino Esposo y cuyas túnicas, teñidas con sangre del Cordero, forman su coro.

¹ La Roma Subterránea cuenta un número de cuarteles casi igual al de las parroquias de la Roma pontificia. Hé aquí, según el diario de Roma del 26 de Diciembre, el estado de la población en Roma durante el año de 1842:

Número de parroquias, 54; idem de las familias, 35, ó 57; obispos, 35; sacerdotes, 1,522; monjes y religiosos, 2,496; religiosas, 1,461; seminaristas y alumnos de los colegios, 625; legos que tenían edad para la comunión, 119,949; de ménos de esa edad, 40,940; herejes, turcos é infieles, sin comprender los judíos, 288; matrimonios, 1,324; bautismos de niños, 2,350; bautismos de niñas, 2,251; muertos del sexo masculino, 1,922; muertos del sexo femenino, 4,418. Total de la población: hombres, 85,483; mujeres, 75,106; por todo, 160,589.

En 1842, la población se ha aumentado en 1,721 personas. La proporción de los nacimientos en la población es de 1 á 35; la de los muertos en esta misma población es de 1 á 34; el número de los nacimientos y de los muertos ha sido casi igual. El último ha sido de 367 por mes, cerca de 12 al día.

na; en fin, como la señora de la verdad, que para certificar cada uno de sus oráculos, muestra la firma sangrienta de muchos millones de mártires, llegados de los cuatro extremos del mundo.

Desde este primer golpe de vista que revela bajo un nuevo día la grandeza excepcional de Roma, ¿es posible no admirar los designios de Dios sobre la ciudad providencial? ¿es posible no felicitarla á ella misma por sus gloriosos destinos? ¡Salud, pues, ciudad misteriosa! tú fuiste largo tiempo la ciudadela del príncipe de las tinieblas, el trono desde el cual tiranizaba al universo. Para solemnizar sus culpables fiestas, él había reunido en tu recinto los despojos ópimos de las naciones, las perlas, el oro, la plata, los mármoles preciosos. Mas hé aquí que el impostor ha caído en sus lazos; él atesoraba y no sabía á quién había de aprovechar su trabajo; él y los suyos han hecho un largo trabajo para adornar el trono del Hijo del Eterno. ¡Reina de los pueblos! tú te salvas de su imperio; desde lo alto de su cruz, el Cordero dominador hace de tí su noble conquista inclinando la cabeza hácia tu lado en el momento de su muerte.

Para asegurar para siempre tu posesión, para hacerte digna de él purificando tus manchas, derrama su sangre por tí; después convoca á tus murallas al innumerable ejército de santos. Quiere que cada provincia de su inmenso imperio tenga cerca de tí un representante que te traiga piadosos tributos. La Judea te dará á Pedro, jefe del apostolado; la Sicilia, á Pablo, doctor de los Gentiles; la Siria, al ilustre Ignacio; la España al glorioso levita Lorenzo; la Gália, á Sebastian, el valeroso guerrero; la sangre de ellos teñirá tu forum, cimentará tus murallas; sus huesos decorarán tu basílica. De las otras regiones del universo habrá diputados y mártires cuyo número no puede calcular-

se, y confesores que empeñados en ofrecer te su sangre y su fe, querrán tomar bajo tu ala el descanso de la tumba y darte el sello de una gran majestad. ¹

A esta primera armonía, sigue bien pronto otra. Cuando el viajero lleva sus ávidas miradas al glorioso campo que acaba de visitar, pregunta ¿por qué las Catacumbas se encuentran, sin excepción, á las orillas de las vías romanas? Dos respuestas se presentan por sí mismas á su pensamiento. Servir de sepulcro á los muertos y de retiro á los vivos; tal era el doble objeto de los cementerios cristianos. Era necesario trasladar allí furtivamente un gran número de cuerpos; era necesario, durante las persecuciones, buscar allí un asilo para las mujeres, los niños y los ancianos, á los cuales los hermanos que permanecían en la ciudad debían suministrar todos los días las cosas necesarias; eran necesarios á todos los fieles lugares de reunión para celebrar los santos Misterios y comer el pan que hace á los mártires.

Así por una parte, es evidente que las Catacumbas no podían estar á una gran distancia de los muros de la ciudad. Por otra, las vías que atravesaban entonces los suburbios y que surcan hoy el campo romano, están de tal modo inmediatas unas á otras, que no dejan entre sí más que un intervalo reducido; de aquí depende la intermediación necesaria de las Catacumbas. A esta primera razón tomada de la disposición de los lugares, se junta otra fundada en la costumbre conocida de los romanos que levantaban constantemente á las orillas de las vías los mausoleos y los columbarios. Los primeros cristianos siguieron esta costumbre; sino que ellos han hecho en las entrañas de la tierra lo que los señores del mundo hacen en la superficie.

¹ Lucas Tudens., lib. II, contr. Albig., c. 12.

Admitiendo estos motivos perentorios, el filósofo cristiano gusta de ver en el lugar de que se trata una disposición superior de la Providencia. Roma debía ser sustituida con Roma en el imperio eterno del mundo; las glorias, las nobles costumbres de Roma pagana debían hacer lugar á las glorias, á las costumbres de Roma cristiana; y los lugares teatro de las primeras, debían convertirse en teatro de las segundas. En este plan divino manifestado con tanto brillo por toda la serie de la historia, las vías romanas, vías *Consulares*, vías *Militares*, vías *Triunfales*, debían, conservando su gloria original, hacerse más dignas que nunca de su triple nombre.

Las vías CONSULARES habían visto á los jefes del pueblo-rey presidir á la creación de ellos, cimentar con los sudores y la sangre de los esclavos sus losas de granito, y habían visto pasear sobre su indestructible calzada la majestad del nombre Romano. Siempre dignas de este primer nombre, debían ver á nuestros grandes mártires, verdaderos cónsules del pueblo-rey, realzando su gloria por el brillo de la de ellos, inmortalizarlas por la efusión de su sangre y pasear por toda su extensión la majestad del nombre cristiano.

Las vías MILITARES habían resonado bajo los pasos de las legiones de Fabio, de Scipion, de César y de Augusto, partiendo para la conquista del mundo. Mas *militares* todavía bajo el cristianismo, debían ser socorridas durante tres siglos por el gran ejército de los mártires, de quienes Pedro, Pablo y Lorenzo fueron los ilustres jefes y debían conducirla á la doble conquista del mundo y de Roma misma.

Las VIAS TRIUNFALES fueron testigos de la gloria más grande á que puede aspirar un mortal. Ellas contem-

plaron las riquezas y la fuerza de las naciones conquistadas, llevadas como tributo à la gran Roma; despues se enorgullecieron al ver levantados en sus orillas los magníficos mausoleos de los héroes cuya vida y cuya muerte llegaron á ser para ellos un título igual de gloria. Desde que han sido pisadas por los vencedores del mundo romano, desde que han visto venir del Oriente y del Occidente á las naciones voluntariamente encadenadas al carro de los conquistadores que habian salido de Roma à fin de reconocer por el doble tributo del amor y de la fe, la gloriosa supremacía de la ciudad eterna; desde que han visto suceder en sus orillas las tumbas magníficas de los fundadores y de los sosténes del nuevo imperio á las tumbas en ruinas de los cónsules y de los Césares, ¿no se han hecho con esto, más que nunca, triunfales?

Tales son los lugares célebres en donde la Providencia ha marcado la sepultura de los jefes y de los primeros habitantes de la nueva capital del mundo. Es tan grande el número de sus sepulcros, que forman una ciudad subterránea, cuya forma y cuya extension quisimos conocer ántes de estudiar sus pormenores.

Representaos alrededor de la Roma que brilla á vuestros ojos, otra Roma de muchas leguas de extension, oculta en las entrañas de la tierra, con sus diferentes cuarteles designados por nombres ilustres; sus numerosos habitantes de todas edades, sexos y condiciones; sus plazas públicas, sus encrucijadas; sus capillas, sus iglesias, con todas sus partes; sus pinturas, cuadro viviente de la fe y de las disposiciones de las generaciones á quienes sirve de morada; sus innumerables galerías de uno, dos y hasta de cinco pisos, ya bajas y estrechas, ya altas y anchas; ya corriendo en línea recta, ya encorvándose sobre sí mis-

mas, huyendo en todos sentidos, cortándose, mezclándose como las avenidas de un inmenso laberinto; aquellas galerías, aquellas plazas, aquellas capillas iluminadas exteriormente de trecho en trecho por aberturas practicadas en la superficie del suelo é iluminadas interiormente por millones de lámparas de tierra cocida ó de bronce, que tienen la forma de una navecilla; por todas partes, á derecha é izquierda, desde el suelo hasta el nacimiento de las bóvedas, tumbas talladas horizontalmente en las paredes de las galerías: tales, en cuanto es posible representar con palabras, la forma de la Roma subterránea. En cuanto á su extension, basta decir, segun el cálculo de los hombres, cuya vida se pasa en investigarlo, que si todas las galerías estuviesen puestas una despues de otra, por sus extremos, formarían una calle de trescientas leguas de longitud limitada por seis millones de tumbas. 1

1 i cimeterj milledugento chilometri di longhezza con se milioni di sepolcri.... Queste misure el proporzioni a me, che sonomi studiato da qualch'anno dimettere la popolazione cristiana di Roma ne' quatro indicati secoli a confronto della vastità de' cimeterj in qualche modo percorsi da me medesimo, paiono molto ristrette. Perciò amerei che chi all'udire la miglaja e i millio ni si sentiesse tentato di taciar mi d'esagerazione ripettese pri ma questo mio studio. "... los censerios mil doscientos kilómetros de longitud con seis millones de sepulcros.... Estas medidas me han proporcionado en el estudio de algunos años, el descubrir la poblacion cristiana de Roma en los cuatro siglos indicados con relacion á la extension de los cementerios recorridos por mí mismo, cuyas medidas han sido posteriormente restringidas.

Por esto yo quisiera que, aquel que al oír millones y millones, me tachase de exagerado, repitiese ántes el estudio que he hecho." El P. Marchi. *Monumenti primitivi delle Arti cristiane nella metropoli del cristianesimo*. "Monumentos primitivos de las artes cristianas en metrópoli del cristianismo," etc., p. 90; Roma, 1844. Citaré muchas veces esta obra cuya publicacion no está aún terminada y que encierra las explicaciones que hemos oido de boca del sabio autor.

15 DE DICIEMBRE.

Orígen de las catacumbas.—Opinion de Bósio y de Boldetti.—Opinion del P. Marchi.—Pruebas históricas del orígen exclusivamente cristiano de las catacumbas.—Pruebas físicas.

El deseo de ver la coleccion de las lámparas antiguas nos habia conducido al Museo del Colegio romano. Allí encontramos al P. Marchi explicando á viajeros ingleses el plano de las catacumbas de Santa Inés. El discurso del sabio religioso tomó bien pronto grandes proporciones y abrazó toda la historia de la Roma subterránea.

Hé aquí, con nuevas ampliaciones, el fondo de esta conferencia publicada más tarde por el mismo P. Marchi. Importa penetrarse bien de ella, porque es la introduccion necesaria al estudio de nuestros maravillosos cementerios.

Los arqueólogos de los tres últimos siglos pretenden en general que nuestras Catacumbas fueron primitivamente abiertas por los antiguos Romanos. A la cabeza de ellos marcha el inmortal Bósio, Aringhi y el excelente Boldetti. Un estudio más profundo ha demostrado que nuestros cementerios son de orígen exclusivamente cristiano.

Comencemos por la etimología de la palabra. Tocando á la parte de la iglesia de San Sebastian, que mira á la vía Ardeatina, se encuentra un recinto subterráneo semicircular y construido de mampostería. Este recinto en donde fueron depositados los cuerpos de San Pedro y de San Pablo, toca al vasto cementerio de Calixto ó de San Sebastian, con el cual, sin embargo, no tiene ninguna comunicacion. A él fué dado originariamente, y le pertenece con propiedad, el nombre de *Catacumbas*, es decir, *lugar cerca de las tumbas*, del cual se ha formado más tarde, segun algunos autores, el nombre de *Cata-*

cumbas, aplicado á todos los cementerios de Roma. De ahí esta expresion tan frecuente del Martirologio: *Romae, ad Catacumbas natalis santi*, etc., "en Roma cerca de las Catacumbas de San, etc.," para indicar que el martirio tuvo lugar cerca del recinto de que acabamos de hablar. Otros hacen derivar la palabra Catacumba del griego *Catacombé*, que quiere decir, *fosa profunda, excavacion, subterráneo*, porque los cementerios de Roma están cavados en las profundidades de las canteras de puzolana. 1

¿Qué mano habia abierto primitivamente aquellas canteras? Evidentemente una mano pagana. Los Romanos, segun Boldetti, no tardaron en reconocer que el campo en que su ciudad estaba asentada contenia excelentes materiales para las construcciones, tales como la toba y la arena llamada *Pouzzolane* (puzolana). Les ocurrió naturalmente el pensamiento de hacer su extraccion. Pero con el fin de no destruir la superficie del suelo practicaron solamente pequeñas aberturas por medio de las cuales, bajando á las profundidades de la tierra, cavaron sus entrañas; semejante sistema conciliaba todas las ventajas. Por una parte, dejaba casi intacta la superficie del campo; por otra, daba la facilidad de extraer todos los materiales exigidos para los monumentos que embellecieron la capital del mundo. Este género de expoliacion era, por otra parte, muy posible á los Romanos, gracias á la

1 Locus cavus atque profundus, qualia Romæ pæsertim coemeteria esse solebant in arenariis profundis cryptis excavats. "Lugar cavado y profundo, como solian ser los cementerios, principalmente de Roma, que eran cavados en los arenales, en profundas cryptas.—Baron., *An ap Martyr.*, 20 de Enero.

—*Puzola*. Especie de losa que consiste en una lava pirogénica alterada, que proviene de la descomposicion de las escorias.

—Tierra volcánica que se halla en las canteras de Puzzol, cerca de Nápoles.